Vivir las estaciones



En otros tiempos los seres humanos estaban inmersos en el curso del año, lo que marcaba un tiempo para cada labor. Hoy día, la técnica (luz artificial, climatización, coches, aceleración del ritmo de las actividades, etc.) nos aísla cada vez más, por lo que hace falta voluntad para seguir las estaciones, su ritmo, su evolución, para observar lo que nos muestra el entorno, sin prejuicios ni ideas preconcebidas

Texto: Jean-Michel Florin Fotos: Fernando López

Nuestro calendario fija el comienzo de la primavera en el equinoccio, fecha a partir de la cual los días se vuelven más largos que las noches; la luz toma ventaja sobre la oscuridad. Se puede sentir un "ambiente primaveral" en el aire mucho antes de esa fecha, hacia febrero. Es el momento en el que los hortelanos aficionados sienten una irresistible necesidad de ir a plantar en el huerto o en el jardín, pero los más experimentados saben que hay que resistir la tentación, porque los peligros de grandes heladas no han pasado. El aire está vivificado, activo, como "nuevo". Al comienzo de la primavera, el tiempo es a menudo caótico, con una alternancia de borrascas, lluvia, granizo y a veces incluso nieve, y de pronto despeja: la luz suave del sol esboza un arcoiris que desaparece rápidamente.

Los elementos tierra, agua, aire, calor, que estaban separados en invierno –el cielo claro, lejano en oposición a la tierra petrificada, aislada por su manto de nieve– se mezclan, se unen íntimamente: la tierra se humedece, se reanima, el aire se carga de vapores, de calor, y el agua, elemento mediador del movimiento, fluye, inunda, se evapora, pone todo en circulación, en relación. Desencadena los procesos vivos.



Es también el momento en el que aparecen los primeros signos anunciadores en el mundo de las plantas. Narcisos, crocus, prímulas, salen de sus bulbos casi a ras de tierra, abren a medias sus campanillas blancas como en un gesto de apertura, de despertar. La primera flor del año es siempre un acontecimiento. Cada nuevo descubrimiento nos maravilla porque estamos esperando, con todos nuestros sentidos alerta...

Manto de flores en los prados

Después de algunos días más suaves, en abril la primavera llega "de verdad". Los prados húmedos, cubiertos por el ligero velo blanco-malva de los berros de pradera. Sobre los pastos y linderos descubriremos las campanillas amarillas salpicadas de naranja de las prímulas, que exhalan un dulce aroma de miel. En las praderas más ricas, el diente de león extiende su tapiz amarillo oro. Sobre el césped del jardín, la margarita de los prados anuncia la fiesta de la que viene su nombre (*pâquerette*).

Comparemos estas primeras flores primaverales: forman la flor brotando directamente de un botón de hojas pegadas al suelo, sin subir en espiral alrededor del tallo como las plantas que aparecerán más tarde. Las hojas, bastante carnosas, redondas u ovaladas, están poco formadas. ¿Qué nos evocan?: la juventud, la extensión del verdor, la prisa por florecer.

Más tarde, en mayo-junio, esos mantos uniformes de flores claras cubriendo los prados dejan paso a una diversidad de plantas que despliegan una metamorfosis de hojas que se estiran sobre su tallo para florecer: es la época del botón de oro y de las gramíneas, a las que se van sumando una multitud de flores de todos los colores: compuestas amarillas, vezas y almorta de los prados rosas y malvas, salvias violetas, campanillas



azul pálido, galios amarillos y blancos, margaritas blancas de corazón amarillo, etc. Conforme avanza el año, las plantas se van elevando más para florecer. Se tiene la impresión de que el sol, subiendo cada día más alto por el cielo, aspira a las plantas hacia fuera de la tierra.

En la maleza, esta "subida" de la vegetación es todavía más impresionante puesto que se desarrolla progresivamente desde el suelo hasta la copa de los árboles. En marzo-abril, sólo la maleza se anima con las matas blancas de las anémonas silvestres, las manchas amarillas de la ficaria, de las prímulas o tapices de jacintos malvas; los arbustos comienzan apenas a hinchar sus botones y los árboles mantienen todavía su silueta invernal, desnuda.

Después, la ola de eclosiones verdes se extiende rápidamente a los arbustos, cada especie con su verde particular, de tintes granates, o amarillos o naranjas... Sólo más tarde los árboles, más independientes en el curso del año, revestirán su follaje cuando las flores de la maleza están ya marchitándose.

El mundo animal vive también la primavera

A partir de enero-febrero, los pájaros vuelven a cantar, al principio sólo el paro, luego el petirrojo y el mirlo. Con la vuelta de las aves migratorias –los mosquiteros, currucas, verdecillos, colirrojos– la diversidad de los cantos aumenta; el concierto matinal al salir el sol se enriquece, se intensifica. Los machos se ocupan de hacer la parada nupcial más colorida, se comportan de manera característica. Se forman las parejas, se activan febrilmente construyendo el nido, después viene incubar. Al igual que se despliegan las plantas, diferenciándose, ocupando el espacio, los pájaros también se diferencian por sus cantos y colores, estructuran y modelan el espacio, delimitando su territorio. Pronto regresan las golondrinas, después los martinetes, que modelarán y animarán el aire con sus vuelos y sus gritos agudos.

Ese "gesto" de la primavera que discernimos poco a poco en la vida de la Naturaleza podemos también sentirlo en nosotros mismos, en nuestro cambio de consciencia en el transcurso de las estaciones: en invierno, nuestro interés está sobre todo dirigido hacia el interior, los pensamientos, la reflexión; al comienzo de la primavera, una actitud de espera domina, después la luz atrae nuestra atención, despierta nuestros sentidos. Más adelante, hacia el verano, se abre, se da totalmente al mundo, al espacio exterior.

La estación de las flores

El comienzo del verano puede sentirse también mucho antes de la fecha fijada por el calendario: el solsticio de verano (21 de junio). Desde finales del hermoso mes de mayo, el ambiente de frescor y de renovación primaveral deja lugar a una calidad totalmente nueva. El tiempo se hace más regular, más estable y más cálido. En junio, el sol, casi en el apogeo de su fase ascendente, se eleva muy alto e ilumina todo el paisaje con una luz intensa sobre un fondo de cielo azul.

En la primavera, la aparición de cada nueva flor nos maravillaba, ahora la densidad de las plantas es tal, que se presta menos interés a cada flor que a la armonía del conjunto: las praderas forman tapices multicolores y los setos y los taludes son masas densas zumbantes y vibrantes de insectos. En el bosque, las plantas de la maleza están ajadas: viven "su" otoño y las enramadas forman un tejado denso que protege del sol.

Las flores de la primavera se quedaban en general en tonos blancos y amarillos con perfumes moderados, frescos, pero ahora admiramos toda la paleta de colores: los azules de los acianos y la espuela de caballero, los rojos vivos de los geranios y de los claveles; malvas de campanillas, vicias o vezas y almorta de los prados; el amarillo anaranjado del hipérico y muchas otras flores, todas de colores resplandecientes. En cuanto a los perfumes, podemos llegar a estar verdaderamente aturdidos por el de las flores de saúcos, agracejos, alheñas, viburnos, valerianas...



Las plantas crecen cada vez más altas con sus tallos hacia el cielo; sus hojas se recortan y se deshilachan. Después es el "milagro" de la flor, que viene a detener brutalmente ese crecimiento. Observar por ejemplo el crecimiento de un lirio: alarga indefinidamente su poderoso tallo, multiplicando las hojas, y es cuando comienza a desesperar de ver surgir la flor



Betty Navarro

cuando ésta aparece, blanca y pura, deteniendo ese crecimiento que parecía no tener fin.

Calor, aromas y sonidos

En julio y agosto la luz, y sobre todo el calor, aumentan aún. La humedad del suelo se evapora, la tierra parece a menudo seca e incluso agrietada. El aire caliente está cargado de humedad, por lo que deja un fuerte rocío por la mañana. Los prados están segados. El tiempo de la cosecha se acerca. Observemos esta familia de plantas tan discreta que forma el "fondo verde" de la vegetación: las gramíneas, dicho de otra manera, la hierba de nuestras praderas y de nuestro césped y los cereales de nuestros campos, seleccionadas hace milenios a partir de gramíneas salvajes. Esas plantas que constituyen todavía hoy la base de nuestra alimentación y la de los animales de la granja expresan también una de las tendencias del verano: sus tallos se alargan sin final. Extendidos hacia el sol se endurecen concentrando en el grano toda la materia viva resultante de la unión entre la tierra, el agua y las influencias del cosmos transmitidas por el sol.

Otro aspecto del verano nos es revelado por las rosas que, apoyándose sobre el soporte de su madera, forman flores con toda la finura, el color y el perfume. Mientras el cereal esconde en su grano toda la sustancia producida, la rosa la exhala por su olor y sus colores, ambas como ejemplo de dos tendencias polarizadas.

La tierra está en el apogeo de su expiración. Todos los "secretos" del invierno guardados en sus semillas y las yemas, ahora se han "revelado". Se siente también una especie de fin, de muerte, el espacio parece totalmente lleno, casi demasiado... El hormigueante mundo de los insectos ayuda a esta impresión: las mariposas se despliegan al sol, los mosquitos salen por la tarde en nubes picantes, las abejas, avispas y abejorros se activan y el cri-cri de los grillos y el canto de las cigarras llena el espacio con su sonido casi mecánico.

Entre mitades de julio y mitades de agosto se puede sentir una especie de giro, la Naturaleza no puede volverse más material, el espacio no puede llenarse más... Es la época en la que –como para disipar este ambiente pesado– llegan las tormentas. Se diría que todo detiene su soplo. De repente se siente una gota y después otras. Las primeras gotas caen aisladas, se quedan en la superficie de la tierra, después se aprietan y un tamborileo rítmico bate las hojas de los árboles y el suelo. Se escucha el fragor de la tormenta a lo lejos, se aleja y después vuelve con trombas de agua. El cielo está gris oscuro. Un relámpago lo ilumina... Se anuncia ya el otoño...

Este ambiente de verano también actúa en nosotros. La tendencia a la expansión del calor nos incita al abandono, a la indolencia: nos cuesta concentrarnos, pensar. La luz hace resplandecer los colores, sobre todo por la mañana y por la tarde; a mediodía es demasiado fuerte y lo aplana todo. Los dos elementos dominantes del verano, la luz y el calor, atraen nuestra atención hacia el mundo exterior y todas sus manifestaciones, llama a todos nuestros sentidos con formas, colores, olores, gustos, tactos, etc. Esta facultad que el verano estimula conviene cultivarla pues estamos demasiado a menudo encerrados en nuestras cabezas, en nuestros fríos pensamientos. Aprovechemos el verano para observar todas las bellezas de la Naturaleza que nos alimentan. Sus formas y colores pueden darnos fuerza para el otoño y el invierno. ■

